

EL TAXISTA

Había una vez un señor taxista llamado Adam. Sus orígenes eran iraníes, tenía 45 años, una constitución robusta y pocas ganas de comenzar su jornada laboral. De talante un poco apesadumbrado y tímido, parecía el clásico hombre que no aspiraba a nada. En su vida no pasa nada especial desde hacía décadas. Pero esa tarde algo inesperado iba a cambiar para siempre.

Residía desde 2003 en España. Con la ayuda de CEAR consiguió permiso de trabajo, formalizó su situación y se instaló definitivamente en una pequeña casa en el barrio de Capuchinos, en Málaga. Vivía solo, no tenía mujer ni hijos.

Desde que salió de Teherán con veintidós años, no había dedicado demasiado tiempo a encontrar el amor. Recordaba en su mente a una jovencita con los ojos verdes, había sido su vecina de la infancia. Ella se llamaba Shirin y fue el primer y único flechazo en la vida de Adam. Desde que se marchó y dejó a su familia y amigos allí, perdió también el contacto con Shirin. Únicamente se llevó consigo una vieja fotografía de ellos juntos en una fiesta del barrio. Durante años se preguntó cómo estaría, dónde viviría, si se habría casado...

El 23 de abril de 2022 Adam salió de casa y comenzó con su turno de trabajo, como de costumbre, parecía un sábado como otro cualquiera. Sin embargo, debían de ser ya las 21:30 de la noche cuando Adam aceptó un último viaje. Era un viaje largo y, por tanto, rentable económicamente.

Condujo un largo rato por una carretera secundaria dirección Torre del Mar. Se estaba haciendo de noche y llevaba las luces del coche encendidas. De repente notó un flash a un lado de la carretera, pensó que era un radar de la policía pero al mirar por el espejo retrovisor, vio un forcejeo entre tres chicos y una mujer. No lo dudó ni un segundo y dio la vuelta tan rápido como pudo.

Al pasar de nuevo, se dio cuenta de que los tres jóvenes iban de negro, parecían alterados y hablaban español con un acento que a Adam le era difícil comprender. La chica a duras penas se sostenía en pie, trataba de soltarse pero uno le agarraba las manos mientras los otros trataban de desnudarla.

Adam valoró su primera idea de intervenir, ellos eran jóvenes y parecían en forma. Además eran tres contra uno. Pensó que era mejor idea esconderse detrás del quitamiedos, un poco más adelante, y llamar a la policía.

A Adam le temblaban los dedos al marcar el número de teléfono y apenas conseguía susurrar palabras al agente de policía que le había respondido la llamada. En ese momento, los tres delincuentes sintieron que había alguien entre los arbustos. Adam se puso más nervioso y los tres encapuchados introdujeron a la mujer en el coche y decidieron huir a toda prisa.

Adam tenía miedo pero pensó en esa mujer y sintió la necesidad de ayudarla. Se imaginó por un segundo que esa era alguna de sus hermanas, o su madre, o alguna amiga, o Shirin... Tenía que ponerse en camino, no importaban las consecuencias.

De pronto, Adam, el señor de la vida aburrida en la que nunca ocurría nada, se encontraba en mitad de una persecución para salvar a una chica de una violación en la costa malagueña. Adam solo había visto este tipo de sucesos en televisión, en películas, no imaginaba vivir uno en sus propias carnes.

Los malos creyeron que habían despistado al taxista pero Adam les siguió la pista en todo momento. Estaban en una casa lejana y vieja. Parecía una vivienda vacacional, no parecía ocupada y tenía huertos y jardines alrededor.

Adam estaba esperando fuera. Quiso volver a llamar a la policía para informar de la nueva ubicación de los delincuentes pero su teléfono se apagó en ese instante.

No parecía que ninguno de los violadores llevara armas de fuego, realmente a pesar del susto inicial, todo aquello le parecía a Adam un secuestro cutre, parecían principiantes. En un ataque de valentía, Adam decidió que no podía esperar a nadie, que debía entrar ahí y sacar a esa pobre chica como fuera. Ellos eran tres y estaban en la treintena; él era un poco mayor pero también estaba en forma. En ese momento, escucho un grito de la chica y Adam bajó de su taxi. No podía quedarse ahí, tenía que actuar.

Entrar a la finca fue fácil, solo había que abrir una vieja verja con cuidado para no hacer ruido. Todas las ventanas permanecían cerradas pero la madera era vieja y Adam vio que encendieron una de las luces de la planta de arriba. Pensó que sería buena idea intentar entrar por la parte trasera, que daba a la cocina. En el porche de detrás, al girar, encontró un bate de béisbol y pensó “Esto puede venirme bien, voy a cogerlo”. Antes de abrir la puerta escuchó a los agresores, estaban nerviosos, discutían entre ellos y se echaban mutuamente las culpas. Seguidamente, oyó unos pasos que bajaban por la escalera de la casa. Adam decidió esperar para pillarlos por sorpresa. Los tres jóvenes bajaron a la chica al sótano, la llevaban en brazos porque la habían drogado y estaba inconsciente. Adam se dispuso a entrar, giró el pomo con cuidado y pasó por la cocina con el bate en la mano. El suelo crujía un poco por lo que caminaba muy lentamente. Las voces de los chicos le guiaron hasta el sótano.

Al primero de los asaltantes lo golpeó por detrás, cayó al suelo rápidamente. Con los otros dos, la pelea se alargó un poco más pero finalmente hirió a uno en la pierna y a otro en el hombro, por lo que no se podían mover. Los ató con su camisa a una de las columnas del sótano e intentó reanimar a la chica. Era una joven guapa, llevaba ropa de fiesta y había perdido un tacón.

Con el móvil de uno de los agresores avisó a la policía y pidió una ambulancia para la ubicación de la casa. Cuando llegaron del servicio de emergencias, no podían creer lo que veían. Adam había conseguido salvar la

vida de la chica, que se llamaba Leila, y había inmovilizado a los tres asaltantes él solito. Al recuperarse y comprender todo lo que había pasado, Leila se sintió eternamente agradecida a Adam por todo lo que había hecho. Después de este incidente, Leila necesitó de mucho tiempo para asimilar y superar psicológicamente lo que había pasado. En todo momento, contó con Adam y comenzó así una relación que duraría toda la vida. Con el tiempo, un suceso trágico y desagradable se acabó transformando en el inicio de una bonita casualidad.